

horas de vida. Tenia ya perdida la habla y levantado el pecho. Entretanto entró un padre del colegio trayéndole una firma de nuestro padre S. Ignacio, y mientras le decia la recomendacion del alma se la puso sobre el pecho. Llegó á estremecerse en este intervalo, y creyendo todos que habia espirado, quedó por algun rato como en un dulce sueño, del cual volvió poco despues libre de calentura, y pronunciando afectuosamente el nombre de *S. Ignacio*. Hizo voto de dejar el mundo, y entrarse religiosa y lo cumplió, habiendo ántes ofrecido un voto de cera al altar de nuestro santo padre.

Milagros de S. Ignacio en Guadiana, y fundacion de la congregacion.

La repentina salud conseguida por medio de nuestro glorioso padre S. Ignacio que acabamos de referir, nos acuerda otro prodigio de los muchos con que ya por este tiempo se habia hecho célebre la imágen del santo que se venera en el colegio de Guadiana, y lo refiere así el padre Francisco Contreras, superior de aquella casa. *Leonor Martinez*, muger del capitán Juan Zudia Pacheco, se hallaba con tan recios dolores de parto que se desconfiaba de su vida. Aplicáronse sin efecto varias reliquias, pero enviándole la milagrosa imágen, que aquí tenemos, cesaron luego los dolores, y al siguiente dia parió con felicidad. Sobrevinole despues una maligna calentura, que yendo siempre en continuo aumento dentro de muy pocas horas se vió desauiciada de los médicos. Envióme á llamar á la media noche, miércoles 25 de mayo. Halléla con un sudor frio, los ojos cuasi quebrados, el pecho ronco y elevado. La confesé con grande dificultad porque las ansias eran de muerte, y á penas me parecia que pudiese amanecer. Amaneció y diéronle el Viatico, y dentro de media hora la Extrema Uncion. Los médicos se despidieron y cesaron las medicinas como ya muerta. Quedaron los padres del colegio asistiéndola. Uno de ellos pidió á los circunstantes que puestos de rodillas orasen á nuestro Señor le diese salud por los merecimientos de S. Ignacio, cuya imágen tenia á su lado la enferma, y á quien en medio de sus ansias miraba ó volvía la cara muchas veces. Apénas se hincaron á hacer esta oracion, cuando se privó totalmente, perdió la habla, crecieron las fatigas y agonizó por mas de dos horas. Comenzaron los padres á decir la recomendacion del alma: teníanle al lado la candela y comenzó á boquear y estirarse el cuerpo, creyendo todos los presentes que habia espirado segun todas las señas. En este mismo punto, cuando ya toda la familia y presentes la lloraban por muerta, volvió en sí, se sentó sola en la cama, y mirando á todos con una boca de risa: yo es-

toy buena, les decia, Dios me ha sanado por la intercesion de S. Ignacio, déjenme levantar. Divulgóse luego la fama de este prodigio, acudió cuasi todo el pueblo á verla y á ser testigo de un milagro tan grande, como ellos decian, y depusieron despues en toda forma. Hasta aquí el padre Francisco de Contreras. La devocion que por estas maravillas ha conservado siempre esta ciudad á nuestro santo patriarca, ha fomentado tambien en ella una estimacion y aprecio de los ministerios de la Compañía, que la hace muy digna de nuestro agradecimiento. Con ocasion de haber ido el año antecedente á la visita el padre Martin Pelaez llevado del amor que tenia á aquella residencia, de que habia sido el primer fundador, le procuró el sólido bien de la congregacion de la Anunciata, dejando órden para que luego se estableciese, como en efecto se ejecutó á principios del año de 611. Es muy espresiva y piadosa la carta del gobernador y capitán general sobre este asunto, para que podamos omitirla. „Entre los grandes beneficios (dice) que todo el reino y esta república recibe de la Compañía de Jesus, uno, y á mi ver de los mas principales, es el haber dejado ordenado V. R. cuando vino á la visita de esta casa, que en ella se estableciese la congregacion de nuestra Señora, lo cual puso en ejecucion el padre Francisco de Contreras luego que llegó, con mucho gusto y cuidado. Y así, el dia de la Anunciacion se propuso al pueblo, y el dia 3 de páscoa nos juntamos en la iglesia, y gustando el padre rector Francisco de Contreras que yo asistiera como protector, lo acepté con mucha voluntad de servir á la Virgen en cuanto pudiese. Nombramos los oficiales que en semejantes congregaciones suele haber. Por prefecto á mi teniente el Dr. Martin de Egurrola, y en los demás officios á los alcaldes ordinarios, oficiales reales y demás gente honrada de esta república, y protesto á V. R. que habiendo entendido el intento de la congregacion y los medios y fines de ella, se ha recibido con general aplauso de todos, y que es sin duda uno de los mas eficaces medios que usa la Compañía para alcanzar el fin que pretende de la salud de las almas. Yo, en nombre de todos, beso á V. R. las manos por este singular bien que nos dejó, y le suplico escriba al M. R. padre general noticiándole el asiento de esta congregacion, y pidiéndole se sirva mandarla agregar á la primera de aquella corte con el título de la *Anunciata*, y que así mismo su paternidad reverendísima se sirva enviarnos las letras apostólicas y demas recaudos con la mayor brevedad posible, para gozar las gracias é indulgencias. Dios nuestro Señor guarde á V. S. muchos

años para que recibamos semejantes mercedes. Guadiana 12 de abril de 1611. Soy de vuestra paternidad.—Francisco de Ordóñez

Segunda entrada á los taraumares.

La solicitud del padre provincial Martín Peláez no se había ceñido solamente al bien de la capital de Nueva-Vizcaya. Había dividido también las misiones y dejado á los superiores de ellas muy cuerdos reglamentos: por su orden los padres Juan del Valle y Bernardo de Cisneros, entraron desde el pueblo de Papáquiari por tierras de los xiximes, y anunciaron el reino de Dios á las rancherías y pueblos de *Oanzame*, *Hucoritame*, *Orizame*, *Humaze* y otros muchos. El padre Juan Fonte, misionero también de Tepehuanes y residente en el pueblo de Zape, tuvo orden de hacer segunda entrada á los taraumares. Visitó muchas quebradas y cuevas, persuadiéndoles que saliesen á poblar en sitios más cómodos, y tuvo el consuelo de que más de tres mil de aquellos bárbaros, dóciles á su voz, le prometiesen salir á poblar el valle de S. Pablo como en efecto lo ejecutaron, y veremos después. Entre los antiguos cristianos tepehuanes se veían grandes ejemplos de fidelidad. Acompañaban en grande número los misioneros en sus penosísimos caminos. Y diciéndoles el padre en ocasión que pasaba á un pueblo cercano que con un muchacho le bastaba; esto lo hacemos, respondió un cacique, para que los españoles y los demás indios vean cuanto estimamos tu persona, y cuan contentos vivimos contigo. Habiendo un español por no se qué motivo permitido que saliese otro de su casa en ocasión de estar muy enfermo, los indios de Papáquiari lo acogieron, limpiaron, y acomodaronle una choza y una cama. No tenían de que hacerle colchon, y pidieron al padre Juan del Valle les diese alguno ó lana de que formarlo. El apostólico varón aun para sí no lo tenía, y hubieron de recoger entre las indias alguna lana para dar al enfermo español algun alivio. Continuaron así por algun tiempo en su cuidado y asistencia con asombro y confusión de los españoles, hasta que pasó á mejor vida. Los más pequeños defectos en la asistencia de la doctrina y semejantes piadosos ejercicios, venían á avisarlos á su ministro, y viendo en cierta ocasión á unos soldados con poca decencia en la Iglesia, vino un indio catecumeno á decir al padre: estos no son cristianos: no tienen respeto á la casa de Dios, pues vienen á comer y hablar en el templo. Estas pequeñas acciones de virtud en los neófitos, son como aquellos primeros ensayos de la luz natural en los niños, que llenan de consuelo á sus padres, y les hacen concebir una idea grande de sus talentos en una edad madura.

No eran tan nuevos en la fé los *zuaques*, *sinaloas* y *tehuacos*, y así se veían en ellos más adultas las virtudes cristianas. Se avergonzaban de andar desnudos. Habían formado de adobe iglesias bastante capaces, á que venían de largas distancias, con una devoción que la infundían á los cristianos antiguos. Es verdad que en las dos últimas de las dichas naciones había aun bastantes gentiles, y aun entre los neófitos algunos vestigios de las antiguas supersticiones. Con ocasión de haberse convertido un famoso hechicero, quiso el padre Pedro Mendez informarse de él, de los ardidés con que los engañaba el demonio para desengañarlos con la luz de la santa doctrina. Este y otros descubrieron al misionero cómo el demonio se les aparecía en varias figuras y nombres, que correspondían bien á la antigua idolatría de los griegos y romanos. A uno de sus dioses llamaban *Owaba*, que quiere decir fortaleza. Era como Marte, dios de la guerra. Ofrecíanle arcsos, flechas y todo género de armas para el feliz éxito de sus batallas. A otro llamaban *Shuatoba*, que quiere decir, deleite, á quien ofrecían plumas, mantas, cuentecillas de vidrio y adornos mugeriles. Al dios de las aguas llamaban *Bamusehua*. El más venerado de todos era *Cocohuame*, que significa muerte. Acaso en estos mismos días que daba el sacerdote algunos ratos á estas averiguaciones, faltó uno de los instrumentos de carpintería muy necesario á la fábrica de la Iglesia. Oyó decir que el ladrón lo habría enterrado, y que un viejo que pocos meses ántes se había bautizado, sabría sin duda donde estaba. Mandó luego á llamar al buen viejo, y preguntándole por el instrumento, bien ignorante del motivo que habían tenido los indios para decirlo, el anciano haciéndose cruces, respondió: „No, mi padre, ya „yo no sé de esas cosas desde que me hice cristiano.” Esta respuesta picó la curiosidad del misionero, y deseoso de informarse, le preguntó si ántes las sabía, y por qué medios. „Eso, respondió, te habrán dicho estos mis hijos, porque ántes cuanto se perdía, venían á „consultarme, y yo les decía donde estaba despues de haber hablado „con *Huyatova*, que se me aparecía en figura de un niño muy hermoso, y me decía donde estaba cada cosa. Despues que me bauticé, „se me ha aparecido algunas veces muy enojado, y me ha dicho que „no entre en la Iglesia, ni me persigne, ni dé crédito á lo que tú me „has enseñado. Yo me he librado de él con venir siempre como ves á „la Iglesia, y oír misa para que no me engañe.” Quedó el padre admirado de esta relación, confirmada con el testimonio de todo el pue-

Sucesos de Sinaloa.

blo, de que era el oráculo. Animó al indio á proseguir en sus buenos propósitos, y tomó ocasion para hacer una exhortacion muy fervorosa á la multitud. No es de omitir la significacion de la palabra *huitova*, que segun interpretan los peritos de aquel idioma, quiere decir, *meridiano* ó cosa del Mediodia.

Rebelion de los tehuecos.

No todos los nuevos cristianos lo eran tan de corazon como este buen viejo, y así halló el padre Pedro Mendez que muchos de su partido adoraban aun algunos idolillos. Supo donde estaban y yendo con algunos soldados, los quebró y los enterró ocultamente. Este santo celo estuvo para costar la vida al apostólico varon. Los idólatras sintieron ágricamente este golpe. Los hechiceros animaban con sediciosas arengas á los que hallaban ménos arraigados en la fé, y entre una gran parte trataron de dar la muerte al padre y retirarse á los bosques. No pudo quedar tan oculto el proyecto que unos indios fieles no lo comunicasen al misionero. Tenian ya los mal contentos tomadas todas las avenidas del pueblo, y no podia escapárseles la presa. Un gran número de indios fieles tuvo valor de acompañarle en la Iglesia, donde el padre quiso ir á pasar la noche y prepararse á morir. Sabiéndose al dia siguiente en la villa el grande riesgo en que estaba el padre Mendez, y que aun despues de diversos avisos no podia resolverse á dejar aquel su amado partido, los superiores, atendiendo á sus muchos años y quebrantada salud, le hubieron de mandar que se retirase al partido de Ocoroni, que él habia engendrado en Jesucristo, y cuyos moradores, que le amaban tiernísimamente, lo recibieron con tanto gozo, que se decian mutuamente unos á otros, y aun á los españoles que encontraban: ya vino nuestro padre, el que nos bautizó y nos abrió las puertas del cielo. En medio de esta comun alegría, solo el padre estaba acojido, pareciéndole que por sus culpas lo privaba Dios de la ocasion de derramar su sangre por Jesucristo. Algun tanto le mitigó esta pena la promesa que le hizo el padre visitador de las misiones, de que volveria á trabajar en la conversion de los gentiles, si venia, como lo esperaba, licencia del virey para la doctrina é instruccion de los mayos. La carta que con esta ocasion escribió al padre Martin Perez, no puede leerse sin lágrimas y sin quedar penetrado de los mismos sentimientos de humildad y de celo que animaban á este fervorosísimo anciano. „Aunque el padre visitador (dice) me ha dado buenas esperanzas de que en abriéndose puerta para la conversion de los gentiles del rio Mayo, seré yo el primero que allá vaya, con todo tengo muy gran-

de empacho y vergüenza de haber salido (aunque por la obediencia) de entre los tehuecos, por parecerme que he vuelto las espaldas al padecer y perdido las ocasiones que allí tenia de sufrir y merecer, que es lo que el hombre vino á buscar de España á estas partes. Solo me consuela ser esto voluntad de nuestro Señor, y entender que V. R. volverá por mi vocacion y me dará la mano, y me levantará, no á cosas de honra, ni de regalo, sino á otras mayores ocasiones de padecer por quien por mí padeció tanto, y por aquel á quien yo tanto he ofendido, que es lo que siempre he deseado, despues que trabajo en estas incultas selvas de la gentilidad; pues no es razon que contradicciones, persecuciones, ni peligros, nos hagan volver las espaldas afrentosamente, *maximé* á mí que tan poco importo, habiendo de entrar en estos mismos trabajos y peligros, otros que por sus grandes talentos importan tanto á la Compañia.” En lugar del padre Pedro Mendez entró á la mision de los tehuecos el padre *Laurencio Adame*, que poco despues se vió tambien en los mismos peligros, como veremos adelante.

Al padre Pedro Mendez, á los principios del año siguiente, pareció ^{1612.} necesario traerlo á México. Se puede dudar si este grande hombre habria servido mas útilmente á Dios en las misiones, de lo que sirvió en la Casa Profesa á los estraños y á los nuestros, con los ejemplos de sus religiosas virtudes. Era de una grande edificacion ver á un hombre de sesenta años, despues de diez y ocho de misiones, tan arreglado y exacto en las distribuciones mas mínimas de una Casa observantísima, de una pobreza estremada, de un trabajo tan constante, como si acabara de salir de los estudios. Sus conversaciones encendian á todos en el deseo de la salvacion de las almas, y puede decirse con verdad que formó otros tantos misioneros cuantos eran los sujetos que trataba, y que no le oian suspirar, sino por los desiertos de Sinaloa, vueltos siempre los ojos ácia aquel pais, que habia regado con sus sudores, y en que deseaba acabar sus dias en servicio de aquellas almas desamparadas á que bien presto lo veremos volver.

Ilustra por este mismo tiempo el colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo con admirables virtudes el padre *Gabriel de Logroño*, que con universal sentimiento de toda la provincia, pasó á gozar de la bienaventuranza, de que poco ántes habia tenido una vision maravillosa, el 18 de octubre de este mismo año. Desechadas las grandes esperanzas que le daban sus ilustres cunas, obedeció á la voz de Dios que le llamó á la Compañia, manifestándosela aun ántes de venir á México

Muerte del padre Gabriel de Logroño y frutos de la Anunciata.

sus primeros fundadores. En ella fué siempre un perfecto ejemplar de observancia religiosa. Favorecióle el cielo con singulares ilustraciones en la oracion, á que daba todo el tiempo que le dejaba libre el confesonario. Dejó llena aquella Casa, y lo está aun hoy toda la provincia del suave olor de sus virtudes. A vista de tales modelos, no es mucho que los congregantes, aun niños de nuestros estudios, se aplicasen con tanto esmero á los ejercicios de la mas sublime perfeccion. De la congregacion de estudios mayores salieron veintisiete para diversas religiones, y cuasi otros tantos de estudios menores. El fervor y devocion en las ocupaciones piadosas de sus asistencias era tal, que habiéndose hallado en cierta ocasion á ellas dos personas que con no poco escándalo fomentaban muy antiguos rencores, tocadas de aquel devoto espectáculo, se fueron juntamente al padre perfecto, y con toda la solemnidad de escribano y testigos, otorgaron escritura de amistad con juramento de no quebrantarla jamás. Entre todos fué muy notable la piadosa astucia con que triunfó del mundo un colegial de S. Ildefonso. Estaba éste, como los mas forasteros que estudian en los convictorios, encomendado por su padre, á un caballero muy rico de esta ciudad. No pudo éste saber los designios de su cliente sin un grave cuidado de que no llevasen mal sus padres aquella resolucion y le culpasen de algun descuido. Para quedar á cubierto de toda sospecha, determinó sacarlo del Seminario y remitirlo á su patria. ¿Y será razon, replicó el jóven, que salga yo del colegio, sin despedirme de mis compañeros y sin agradecer á los padres lo que han trabajado en mi educacion? Claro está que nó, respondió el caballero: yo pasaré contigo en persona á practicar ese oficio de urbanidad. Partieron juntos en efecto al Seminario, y conduciéndolo el jóven al aposento del padre rector, él se apartó con pretesto de ir á recoger sus alhajas, y fué para ir á postrarse á los pies del padre provincial, Rodrigo de Cabredo, protestando no levantarse hasta ser admitido en la Compañía, donde vivió muchos años, dando cada dia mayores pruebas de la sinceridad de su vocacion, con grande consuelo de sus padres, que no tuvieron de su entrada la menor pesadumbre.

Prodigio de S. Luis Gonzaga.

Y ya que hemos hecho mencion del Seminario de S. Ildefonso, no podemos omitir un caso singularísimo y que podrá fomentar mucho la devocion de su noble juventud para con el angélico jóven S. Luis Gonzaga. Sucedió con D. Pedro Camacho, colegial del mismo colegio, que lo refiere con estas formales palabras. „Estando en Atlis-

co, mi patria, salí á una dehesa á pasear en una tarde muy serena, y en que no parecia posible sucediera á tan gran bonanza la menor borrasca del mundo. Pero no fué así, porque divertidos en el paseo, nos cogió la noche y con ella la mayor tempestad, y aguacero mas fuerte que habia visto en mi vida. Habiendo pasado, no sin dificultad, algunos arroyos que con las avenidas entónces eran rios, faltaba el último ya cerca de donde íbamos. No me atrevia á pasar por la mucha agua y desgracias que habian sucedido en aquel parage. Pero porfiándome los muchos que iban conmigo, me animé á pasar en la cavalgadura de uno de mis compañeros. A poca distancia de la orilla, perdió pie la mula, y sin embargo, me tuve hasta la mitad del rio. Allí caí y me arrebató la corriente en un instante á mas de treinta pasos. Al caer, invoqué á S. Luis Gonzaga, á quien tuve siempre por patron desde que oí leer su vida y milagros en el colegio. Los compañeros no podian verme por la grande oscuridad de la noche. Yo, con la mucha agua que me cubria todo sin alcanzar pie, no pude dar voces, ni oí las suyas, aunque segun supe despues, me dieron muchas. Una sola voz oí, ni muy gruesa, ni muy delgada, sino intermedia y suave, con que me decian que me tuviera que habia donde. Con esto, sentí al mismo tiempo que de en medio de las corrientes furiosas (que allí eran mayores por estar el rio acanalado, y allí una toma de molino, que todo hacia más cierta mi desgracia) me repujaban á un peñasco, en que metiendo las manos, hallé de que asirme. Grité á mis compañeros, y estuve colgado dos ó tres cuartos de hora sin cansancio alguno, miéntras fué uno á su casa á traer cordeles, con que me sacaron de tan manifesto peligro; lo cual reconozco deber al Señor y á su Madre santísima por la intercesion del beato Luis Gonzaga. El peñasco de que me así estaba tan levantado, que yendo á otro dia por la mañana los que aquella noche habian sido testigos, hallaron que un hombre á caballo desde el cauce del rio, no alcanzaba á él, y estaba tan lustroso y liso que no tenia agugero alguno de donde asirse. Todos manifestos indicios de la merced que por medio de este bendito santo me hizo nuestro Señor. Fué este caso á diez y seis de octubre de 1612, siendo testigos Antonio Hernandez de Sosa, Francisco García Vidal, Estevan de Soto y Felipe de Torres; y yo por ser verdad lo firmo con juramento.—*Pedro Camacho.*”

Es de muy diversa naturaleza, pero no contribuirá menos á la pública edificacion un suceso espantoso que refiere la annua del Seminario. Suceso espantoso.

rio de S. Gregorio. Estaba un indio muy afligido, parte por haberse huido su muger, y parte por su mala conciencia, cuando oyó por contingencia á un padre de aquel colegio que predicaba los jueves en el mercado. Las palabras del predicador le atravesaron el corazon y lo arrojaron en una tan profunda melancolía, que no podia disimular á los de su casa. El domingo siguiente quiso ver si hallaba consuelo oyendo á un padre de S. Francisco que predicaba en Santiago Tlalotelco. Llegó á tiempo que ponderaba el orador el desastroso éxito de uno que habia callado en la confesion algunas de sus culpas. Salió de aquí estremadamente acongojado, y no queriendo resolverse á acertar con la única fuente de la tranquilidad y paz de su espíritu, determinó salir huyendo de la ciudad, como si en cualquiera pais y ocupaciones no hubiera de oír las voces de Dios, que no llevara consigo al torcedor de su mala conciencia. Salió en efecto á las tres de la mañana y caminaba lleno de confusion por la calzada de S. Antonio, cuando vió de lejos un bulto que llegándose á él; ven acá, miserable, le dijo, ¿dónde vas? ¿piensas huir de lo que te atormenta, aunque vayas á los fines de la tierra? El indio, atemorizado, respondió: ¿Quién eres tú que sabes mis tristezas? Descubrióse aquel bulto, y no vió sino un armazon de huesos secos que le dijo estas palabras: Da gracias al Señor que te ha sufrido tanto tiempo. Bien sabes que ha muchos años que no te confiesas, y que desde tu niñez has callado tal y tal culpa. Si no te enmiendas, breve vendrá sobre tí la ira de Dios. A estas voces cayó el indio en tierra y estuvo fuera de sí un largo rato: volvió erizados los cabellos, un sudor frio le corria por todo el cuerpo, y temblaba todo de pies á cabeza. Sosiégate, infeliz, le dijo el esqueleto, que soy venido para tu bien. Dios te llevó el jueves al mercado y el domingo á Santiago. Ve al jacal de S. Gregorio y confiésate con uno de aquellos padres. ¿Cómo haré eso, replicó el indio un poco mas recobrado, que nunca he tratado á esos padres, y dicen que riñen mucho, ni tengo siquiera un ramillete que llevarles? No es así, hijo mio, replicó la vision. Los padres siempre acogen bien á todo género de personas cuando van verdaderamente contritas, ni es menester que les lleves alguna cosa, pues ellos lo han dejado todo por Dios y no buscan mas que las almas. Ve con seguridad, enmiéndate singularmente de tal y tal pecado, y no digas eso que piensas de tus parientes. De tu muger no tengas pena: está en la calle de Tacuba en casa de N. De aquí á tres dias, á tal hora, la encontrarás en la calle de Santo Domingo. Le hablarás y no hará caso

de tí; pero despues te llamará y se avendrá á hacer vida contigo, aunque ella es tal, que durará poco en tu compañía. Dijo, y el indio partió luego á S. Gregorio, y dió cuenta de todo á aquel mismo sugeto á quien habia oido predicar. Dudoso este de la verdad, dijo al indio que para que él le oyese no era menester tantas mentiras, que el decir las era una culpa gravísima, porque no pretendia engañar á un hombre sino á Jesucristo, cuyas veces hacia el sacerdote. Así dijo el prudente confesor; pero la exactitud, la compuncion y lágrimas con que se confesó el buen indio y con que prosiguió por tres dias su confesion general, viendo cumplido en ese término cuanto le habia profetizado aquel horrible espectáculo, le dejó firmemente persuadido, y mucho mas el ver que á pocos dias la muger que hacia ya vida con su marido, segunda vez desapareció, y él, sin ninguna inquietud de las que habia antecedentemente experimentado, se dedicó al servicio de una hermita, donde proseguia haciendo una vida ejemplarísima.

Con la misma confianza que llegaban al Seminario de S. Gregorio los naturales de México y sus merindades, ocurrían tambien los de Puebla y su obispado al colegio del Espíritu Santo. Para conocer el fruto que lograba el celo de nuestros obreros en las cárceles, en los hospitales y en los obrages, seria menester variar en cada año los muchos casos que refieren las annuas, y que siendo generalmente de un mismo carácter, causarian quizá fastidio aun á los lectores mas piadosos. En este género de ministerios se ve cada dia, aun al presente, y se verá siempre que la palabra de Dios desnuda y sencillamente propuesta, es semilla y es espada de una infinita fecundidad y fuerza por sí misma, aun prescindiendo de la destreza de la mano que la siembra y del brazo que la maneja. La Compañía, encargada por los soberanos pontífices y por los mas poderosos príncipes de empleos lustrósimos, ha experimentado siempre mas sólido consuelo, mayor tranquilidad y mayor fruto en la esplicacion de la doctrina cristiana por las calles y plazas, en la instruccion de los rudos é ignorantes, y en las visitas de cárceles y hospitales tan encomendadas por su santísimo legislador. Estas ocupaciones que en todas las partes del mundo hacen, digámoslo así, el carácter de los jesuitas, florecían singularmente y florecen hasta ahora en el colegio de la Puebla. La ciudad y los innumerables pueblos de su resorte, son un campo fecundísimo que ofrecen siempre mucha mies á los segadores evangélicos. El partido de *Zacapoaxtla* que debió á la Compañía cuasi los principios de la fé, necesitaba por

Ministerios
de la Puebla.

este tiempo mas que nunca de su cultivo. Un cacique revoltoso á la frente de algunos otros sus semejantes, habia infamado ante el Illmo. Sr. D. Ildefonso de la Mota, ya entonces dignísimo obispo de Puebla, á su beneficiado, de las mas atroces calumnias que le fué muy fácil disipar. Los acusadores, temiendo el resentimiento de su cura, habian huido á los montes vecinos donde muchos años ántes los habian sacado nuestros misioneros. A la fuga y falta de sujecion siguió bien presto una torpísima disolucion, y á esta una abominable idolatría. Habia ya mas de dos años que así vivian, á pesar de todas las diligencias del celoso pastor, que por todos caminos habia procurado el remedio. Pidió á los superiores le enviasen dos padres misioneros. Comenzaron estos á predicar en el pueblo, y llegó luego á los fugitivos la fama que habian llegado á la cabecera los jesuitas. El amor que siempre habian los de aquel pais profesado á la Compañía, movió al autor de aquellos desórdenes á venirse á ver con uno de los misioneros una de aquellas noches. Facilmente le persuadió el prudente y celoso ministro á que se confesase, lo que comenzando desde aquella misma noche continuó por otras tres, volviéndose de dia al abrigo de los bosques. Acabada su confesion, quedó convencido de que era necesario retractarse públicamente de cuantos testimonios habia levantado á su pastor y padre. Todo lo prometió el verdadero penitente, y el primer dia de fiesta, estando en la iglesia todo el partido, entró con el padre. Hincáronse los dos de rodillas, y en presencia del beneficiado y de todo el pueblo que se deshacia en devotas lágrimas, dictando el misionero y repitiendo el cacique, se desdijo, se acusó y pidió perdon de la injuria que habia hecho á su ministro. Fuéronse luego á arrojar á sus pies, y él bañado en lágrimas de gozo abrazó primero al indio y luego al padre, prorumpiendo en alabanzas suyas y de la Compañía, que repitió despues con afectuosísimas gracias en carta al Sr. obispo, al padre provincial y al rector del colegio. Los demás indios con la misma facilidad que habian seguido al cacique en su rebelion, lo siguieron en la penitencia, y dentro de pocos dias reducidas á su aprisco aquellas ovejas descarriadas, y restituida al pueblo la tranquilidad, dieron la vuelta á su colegio.

Visita del Sr.
D. Fr. Juan
del Valle.

El Illmo. Sr. D. Ildefonso de la Mota recibió á los padres con las mayores demostraciones de benevolencia, y no contento con ellas fué luego en persona al colegio á dar al padre rector y á toda la Compañía las gracias por una obra tan del servicio y gloria del Señor y utilidad de su rebaño. Semejante dignacion tuvo por este mismo tiempo el

Illmo. Rmo. Sr. D. Fr. Juan del Valle, obispo de Guadalajara, del orden de S. Benito. Este celosísimo pastor, á imitacion del Sr. D. Alonso de la Mota que le habia precedido en aquella mitra, emprendió la visita de su dilatadísima diócesis. Llevó consigo al padre Juan Gállegos. Pasó hasta Sinaloa, y hablando delante de todos los españoles é indios en el templo, protestó que habia venido hasta allí mas para ver por sus ojos los grandes trabajos de la Compañía, y consolar su espíritu con la comunicacion y trato de hombres tan santos, que por juzgar hubiese cosa alguna digna de remedio; estando, dijo, como estoy persuadido y segurísimo, que donde ellos gobiernan todo estará con sumo concierto y religion. Aun dió mas peso y mas autoridad á sus palabras en carta que despues de su visita escribió al padre provincial, y dice así: „He visto á casi todos los padres de estas misiones de Topía y Sinaloa, de que vengo consoladísimo y muy edificado, porque he visto les debe mucho la Iglesia y su Magestad y la Compañía, por el provecho tan notable que en estas partes hacen, y por lo mucho que padecen entre estos bárbaros que tienen á su cargo, y así donde quiera que yo me hallare, he de ser pregonero de estas y de otras cosas buenas que en ellos he visto y tocado con mis manos, que por la brevedad no digo ahora. Será nuestro Señor servido que algun dia las podamos tratar á boca. Y en cuanto pudiere tengo de ser gran protector de estas misiones, y de los padres que en ellas andan, &c.”

Tal era la idea que de nuestros operarios se habia formado este celosísimo pastor. Ni era solo el amor que habia profesado siempre á la Compañía el que le hacia discurrir tan ventajosamente de los misioneros jesuitas. El padre Hernando Santarén, que con el padre Alonso Gomez partia, como dijimos, el cuidado de la nueva cristiandad de los xiximes, escribiendo al padre provincial dice así: „Fuí á S. Bartolomé, uno de los pueblos nuevos, y hallé que el cacique tenia tambien dispuesta su gente, que el dia de S. Lucas bauticé cincuenta adultos. Entregan sus ídolos al fuego, y se dejan cortar el cabello con una faeilidad, que es para alabar á Dios, y mucho mas la emulacion de los que quedan por bautizar, y la ansia de saber la doctrina que desde que sale el sol hasta que se pone no cesan de rezar y de aprender las oraciones y catecismo, ni los que lo saben y están bautizados de enseñarlo. Gloria sea á Dios que tan bien endulza el camino mas áspero que hay para estos pueblos con tan buena cosecha como se coge y espera coger mejor para noviembre, de que daré cuenta á V. R.”

Sucesos de
los tepahuas.
nes.

Ardecho de
sirolid si ar
argima si ob
oi ob noie
po argima
ora argima
nonrix

&c.” Entre los tepehuanes no habia contribuido poco á su instruccion la compañía de muchos indios mexicanos que trabajaban en las minas de los reales vecinos. Estos formaron una cofradía de la Concepcion de nuestra Señora. La puntual asistencia y devocion en los ejercicios de esta hermandad, que el Sr. obispo se sirvió de confirmar y enriquecer con indulgencias, fué un grande medio para hacer formar á los neófitos una alta idea de nuestra religion, y animarlos á hacer lo que veian practicar á los mexicanos. Añadíase el ejemplo de los muchos vizcainos y españoles del real de Guanacevi. Estos, con ocasion de la beatificacion de nuestro padre S. Ignacio, habian hecho fiestas nada inferiores á las de cualquiera otra ciudad de la América. Fabricaron despues una capilla y un retablo, con frontales, ornamentos, lámparas y demás alhajas necesarias de mucho precio. Esta magnificencia y devocion picó la curiosidad, y sirvió mucho á la instruccion de los nuevos cristianos. Los de Indeé, que con su fuga tenian en un grande susto á los españoles de aquel real, se restituyeron con suma facilidad á diligencias de los padres, que tuvieron valor de irlos á buscar sin alguna escolta hasta sus mismos picachos. Del valle de S. Pablo recién descubierto, se veian bajar de ciento en ciento á poblar en sitios cómodos para su instruccion, y eran aun muchos mas los que de la seranías de Ocotlán habian venido al partido de S. Ignacio y pueblos del Zape. En ninguna otra de las naciones de la América se hacia admirar mas el poder de la gracia de Jesucristo y la suave fortaleza del yugo evangélico. Acostumbrados á vivir en el pillage, sin casas, sin hogar, sin sementeras, y á la continua carnicería de los acaxeos, de Carantapa y de la cordillera de Baimoa, parece que con alojarse en el pueblo dejaban con las quebradas y las breñas toda la fiereza é inhumanidad que les inspiraban los montes.

Anécdota para la historia de la emigracion de los antiguos pobladores mexicanos.

No podemos dejar de notar aquí lo que hemos ya insinuado en otra parte del viage de los antiguos mexicanos, que parece haber sido por este pais de tepehuanes. Fuera de los nombres de Ocotlán, Atotonilco y otros muchos que son antiquísimos en aquel pais, y en la raiz y terminacion enteramente mexicanos, lo convencen los indicios de que hemos hablado ya en el año de 1604, á que añadiremos ahora las palabras del padre Diego Larios, misionero de aquel partido, que dice así: „Cabando delante de la iglesia que ahora se fabrica, se hallaban á cada paso muchas ollas bien tapadas con cenizas y huesos humanos, piedras de varios colores con que se embijan metales y otras cosas, y

lo que les causaba mas admiracion eran las estatuas y figuras que descubrian de varios animales. A mí me la causó con ver una que parecia vivamente un religioso con su hábito, cerquillo y corona muy al propio. Y lo que he podido entender de indios muy viejos, es que pararon aquí los antiguos mexicanos que salieron del Norte á poblar ese reino de México, y no debieron de ser pocos, pues una media legua está llena de estos como sepulcros y ruinas de edificios y templos. Dios sea bendito, concluye el piadoso misionero, que el lugar donde fué antiguamente tan ofendido con sacrificios é idolatrías, ahora es honrado de estos bárbaros, y le levantan iglesias donde sea adorado, &c.”

Los tehuecos, que engañados de sus hechiceros, habian huido á los montes é intentado dar la muerte al padre *Pedro Mendez*, no se portaron mas piadosamente con su sucesor el padre *Lorenzo Adame*. Estando en *Macori* vinieron en fatiga algunos indios de Asiaca á avisarle cómo los bandidos habian entrado á aquel pueblo y quemado la iglesia. Envió prontamente aviso al padre *Andrés Perez*, ministro de los zuaques, para que le enviara otros dos soldados, y creyéndose con cuatro suficientemente escoltado, se determinó á recorrer los pueblos y ver si podia prevenir que los demás no hiciesen fuga. Despues de varias tentativas inútiles hubo de retirarse á la villa. Los pueblos de *Macori*, *Sibirioja* y algunos otros aumentaron bien presto el número de los alzados, y todos determinaron acogerse á la sierras de los Tepagues. Mientras que los tehuecos volvian á sumergirse lastimosamente en las tinieblas de su infidelidad, el padre *Cristóbal de Villalta*, ministro de los Sinaloas, preparaba entrada á los huites, nacion guerrera é inhumana como á siete leguas mas al Norte, segun escribió el mismo misionero. Por medio, dice, de un muchacho que cogieron mis indios voy aprendiendo la lengua de los huites, como si dijéramos flecheros, con deseo de ir á su tierra á llevarles la luz del Evangelio, y conociendo mis indios este deseo, aunque de muy atrás son enemigos capitales de los huites, con todo, fueron á hacer paces con ellos llevándoles algunos doncellos de los que ellos tienen, y fueron muy bien recibidos. Yo pienso escribirles y enviarles algunas cosillas de las que ellos estiman, y con esto tengo por cierto que saldrán á verme, que con estos dijes y cosillas suele nuestro Señor traer á sí estos indios como niños &c. En todo el discurso del año se habian hecho en sola la provincia de Sinaloa mil ochocientos treinta y un bautismos. Apenas se habian bautizado cincuenta adultos y pocos mas párvu-

De los tehuecos.

Trabajos de los misioneros de Párras